

Autorretrato

Me miro al espejo y lo primero que salta es la frente. Grande. Inmensa, decían. Desde niña fue el blanco de risas, burlas y apodos. A veces parecía que mi frente llegaba antes que yo. Y el cabello... imposible. Rebelde como mis pensamientos, voluminoso como las palabras que nunca dije. Siempre había algo en mí que desentonaba, que no encajaba. Así crecí: entre el peine que nunca domó mi cabeza y los ojos que no supieron ver más allá.

Aprendí pronto que ser vista podía doler. Así que mejor esconder. No solo el cabello tras una moña apretada, también las emociones. Las guardé tan hondo que a veces ni yo sabía cómo encontrarlas. Sonreía aunque doliera. Decía “todo bien” aunque me temblara el pecho por dentro. Porque había una voz —una ajena que hice mía— que me decía que si mostraba mi tristeza, mi rabia o mi miedo... me iban a dejar. Que si era yo de verdad, no iba a ser suficiente.

Me volví experta en complacer, en decir lo que los otros querían oír. Me convertí en refugio de todos, menos de mí. Y cuando por fin intentaba hablar, el miedo me agarraba del cuello y me susurraba que era mejor callar, que nadie quería lidiar con mi verdad.

Pero, a veces —solo a veces— me permito imaginar un mundo en el que mi frente es un espacio amplio para pensar libre, y mi cabello, una corona indomable. Un mundo donde mis emociones no me hacen débil, sino humana. Donde no necesito esconderme para ser amada.

Estoy aprendiendo, poco a poco, a ser amiga de esa niña que fui. A abrazar a la que se sintió sola aun rodeada de gente. Estoy aprendiendo que merezco amor sin máscaras. Que no está mal ser diferente, y que mi voz, aunque tiembla, tiene derecho a ser escuchada.

Este autorretrato no es un final, es una rendija. Una luz que entra donde antes había silencio.



*Atentamente,
Danna Misat*